

ENCABRONADOS

**ENGA
BRONNA
DOS**

JULIO HERNÁNDEZ
"Astillero"

temas de hoy.

Ilustración de portada: Darío Castillejos
Fotografía del autor: © Blanca Charolet
Diseño de interiores: Grafia Editores

© 2017, Julio Astillero

Derechos reservados

© 2017, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial TEMAS DE HOY M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-607-07-3939-2

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja necesariamente la opinión de los editores.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

*Para Ángeles Guerrero,
por los patos en la Alameda.
Para Julio Alejandro y Sol Ángel,
por las enseñanzas.*

ÍNDICE

MAPA DE SITIO

9 ¿De qué va este libro?

PRIMERA PARTE

13 El gasolinazo y las protestas; el muro, la vergüenza y las amenazas

SEGUNDA PARTE

33 Irritante, la recepción a Trump; vacío, el cuarto informe presidencial; falsos, los diálogos

TERCERA PARTE

61 Preguntas sin (mucho) esperanza de respuesta

CUARTA PARTE

75 Fraudes electorales, corrupción, crimen organizado, impunidad, desigualdad económica

QUINTA PARTE

157 Candidatos, partidos, promesas y contrastes: la zanahoria electoral

SEXTA PARTE

217 Nada cambiará de verdad en México si no hay un estremecimiento profundo

Mapa de sitio:
¿de qué va este libro?

Este libro se escribió con la vista puesta en la evolución del enojo social ante la ineficacia, el cinismo y la corrupción de los grupos que han gobernado en México.

La primera parte se centra en la mayor explosión del hartazgo ciudadano, lo que fue llamado «el gasolinazo», y en el arranque ofensivo de Donald Trump como presidente, con el muro de la discordia, forcejeos y amenazas.

La segunda parte es una relatoría —una especie de crónicas al galope— de la recepción en la casa presidencial de Los Pinos ofrecida al entonces candidato presidencial republicano, Donald Trump, y de los desfiguros peñistas relacionados con el cuarto informe de gobierno y con un fingido diálogo con jóvenes. Esos días son puestos en contexto con amplitud porque en ellos están varias de las claves de los reacomodos peñistas que, en el fondo, constituyen una forma de anexión política al proyecto expansivo de Trump.

La tercera parte plantea algunas interrogantes y reflexiones sobre casos representativos del enojo popular; es decir, cómo

puede seguir adelante, como si nada, una nación a la que le encajan tantas lesiones desde los poderes públicos. Preguntas de difícil respuesta, o de informadas respuestas subyacentes en el ánimo creciente de protesta social.

Una amplia mirada crítica a personajes de la política y a la forma misma de hacer política constituye la esencia de la cuarta parte. Un recorrido por los callejones oscuros de la vida pública mexicana. Al análisis específico de temas se agregan, en este y otros capítulos, algunos relatos reconstruidos que provienen de apuntes del autor, tomados de informales pláticas privadas. Los nombres y las características de esos involuntarios opinantes no son reales, pero sí la esencia expresiva de lo que consideran algunos partícipes del gran espectro social en crisis.

Los principales aspirantes a presidir el país a partir de 2018 y el comportamiento de sus partidos son analizados en la quinta parte.

Por último, en la sexta parte del libro el autor expone su convicción de que México requiere de un estremecimiento político y social que obligue a la clase política a realizar cambios verdaderos y trascendentes.

PRIMERA PARTE

El gasolinazo y las protestas;
el muro, la vergüenza y las amenazas

El gasolinazo anunciado

El arranque de 2017 presenció el detonar de una larga acumulación de agravios en una sociedad hasta entonces relativamente rutinaria en el procesamiento de sus conflictos. Nunca antes, desde el estallido revolucionario convocado en 1910 por Francisco I. Madero, se habían producido tantos episodios de violencia social en tantos puntos del país. Tampoco el sistema presidencialista mexicano había tenido a la cabeza a un personaje tan políticamente lerdo e irritante como Enrique Peña Nieto, auténtico lanzador de gasolina sobre un incendio social creciente.

El enojo profundo, un franco encabronamiento colectivo de los mexicanos, se desahogó a partir del anuncio gubernamental de un aumento cuantioso en el precio al público de los dos tipos de gasolina y del diésel que se expenden en el país. Con el inicio del año, la gasolina Magna se vendería, en pesos, a 15.99; la Premium, a 17.79 y el diésel a 17.05. Es decir, el público consumidor pagaría un incremento porcentual de 14.2, 20.1 y 16.5, respectivamente, en comparación con los precios máximos registrados en diciembre de 2016. («Gasolina en las nubes», columna México SA, Carlos

Fernández-Vega, *La Jornada*, 23/12/2016). El impacto ni siquiera se anclaría en esas cifras, pues era el primero de los ajustes realizados por el gobierno mexicano para «liberalizar» los precios de esos combustibles. Las tarifas mencionadas en este párrafo se mantendrían vigentes hasta febrero del mismo 2017 y, después, diariamente se irían acomodando a las variantes del mercado.

El gasolinazo, como de inmediato se denominó a ese golpe económico, fue precedido por una etapa de desabasto en buena parte del país, en los días finales de diciembre de 2016, durante un periodo tradicional de descanso que fue alterado por la desesperante carencia de combustibles, la cual provocó largas filas de automovilistas en espera de algunos litros de gasolina; compras de reserva, incentivadas por el miedo, y una ansiedad social que era clara premonición de las turbulencias por venir. («¿México sin gasolina? Al menos diez estados sufren la falta de combustible», *La Opinión*, Los Ángeles, 24/12/2016).

El anuncio del gasolinazo, hecho por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP) mediante un comunicado abundante en tecnicismos y puntualizaciones, se conoció el 27 de diciembre, es decir, la víspera del Día de los Santos Inocentes, fecha en la cual se recuerda la versión cristiana de la matanza de niños por parte de Herodes el Grande. Ese día, el 28, en los países hispanohablantes se juegan bromas y se hacen engaños al amparo de la presunta inocencia de las víctimas: «Inocente palomita, que te dejaste engañar», es uno de los estribillos con los que se justifican las chanzas, e inclusive abusos, cometidos al amparo de las inocentadas. Pero, con el gasolinazo, México parecía perder su falsa inocencia, potenciados de pronto todos los subsistentes ánimos de protesta y revancha contra una clase política y un sistema que hasta entonces se habían obstinado en no atender los constantes reclamos populares.

El martes 27 de diciembre de 2017, cuando se formalizó lo que todo México sabía respecto al aumento en los precios de

gasolinas y diésel, el ocupante formal del poder presidencial, Enrique Peña Nieto, llevaba un día de vacaciones. Desde el lunes 26 se había declarado en descanso y volvería al trabajo hasta el 4 de enero de 2017 aunque, según la información oficial, estaría pendiente de los «acontecimientos» del país y atento a cumplir con su «responsabilidad». En esos diez días de holganza presidencial, México recorrió un abanico de acciones y emociones como nunca en los accidentados cuatro años de administración que recientemente había cumplido Peña Nieto, ni en la historia institucional posrevolucionaria. Amplios segmentos sociales, entre ellos transportistas, agricultores, comerciantes y colonos urbanos que habían sido parte de la base social controlada por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), en el poder, iniciaron una escalada de protestas que fueron creciendo hasta convertirse, en muchos puntos del país, en un abierto y arrebatado rechazo a la forma de gobernar, o de desgobernar, que hasta entonces habían practicado Peña Nieto y su equipo. El grito de «¡Fuera Peña!» dejó de ser patrimonio de grupos muy politizados para convertirse en exigencia de un conjunto social de pronto radicalizado por la agresión directa al bolsillo. («En 16 estados se endurecen bloqueos por el gasolinazo», *El Sol de México*, 2/1/2017).

Para los asiduos a las marchas y manifestaciones de protesta, vistas con desdén o abierto repudio por algunos de los que ahora se estrenaban en el marchar y el protestar, resultaba muy ilustrativo escuchar las consignas y coros más tradicionales, los estribillos de siempre en el catálogo de la izquierda social, entonados de pronto por los recién llegados a la oposición activa. En esos días de levantamiento cívico no hubo presidente de la República a la vista, aunque se supo que Peña Nieto se alojaba, ya al final de su periodo de asueto, en un lujoso desarrollo turístico denominado Estrella del Mar, en Mazatlán, Sinaloa, adonde ya en otras ocasiones el político nacido en el Estado de México había viajado para

descansar y practicar su deporte favorito, el golf. («Peña Nieto juega golf con Quirino en Mazatlán», *RíoDoce*, 28/12/2016).

Restituir al «virrey Garay» entre bloqueos, saqueos, provocación, caos

Y cuando regresó, las protestas seguían ahí. Enrique Peña Nieto cumplió, esa sí, su promesa de descansar hasta el 4 de enero de ese 2017 de despertar violento. Entre el primer día del año y la noche del 4 de enero, cuando Peña emitió un «mensaje nacional», se había vivido una extraordinaria violencia física y psicológica en buena parte del país. Decenas de miles de personas se habían manifestado abiertamente en contra del gasolinazo y del responsable político de esas decisiones, el propio Peña Nieto. Las protestas habían incluido tomas de casetas de peaje en carreteras federales, obstrucción de carreteras en general, cercos a centros de almacenamiento de Petróleos Mexicanos, plantones y acciones contra oficinas públicas de los tres niveles de gobierno, marchas que desembocaron en las sedes de los congresos y las gubernaturas estatales y, en varios casos, confrontaciones con las fuerzas públicas, con saldos de muertos, como sucedió en Ixmiquilpan («Procuraduría de Hidalgo confirma dos muertos en Ixmiquilpan, tras protestas por gasolinazo», *El Financiero*, 6/1/2017); de invasión y daños en palacios de gobierno, como pasó en Monterrey («Encarcelan a 110 por vandalismo y saqueos en Nuevo León», *Proceso*, 9/1/2017); detenciones y consignaciones judiciales arbitrarias, como aconteció en la ciudad de Durango, con tres activistas a los que Pemex pretendió culpar de pérdidas por 61 millones de pesos por bloquear el paso a sus instalaciones («La aplicación de la ley o las trampas del poder», Álvaro San Juan, *El Sol de Durango*, 12/1/2017); toma de cruces internacionales, como se vivió en Ciudad Juárez y Tijuana; tiros al aire de policías para dispersar a manifestantes que en Nogales, Sonora, impedían el paso de trenes («Disparos, vandalismo y

horror en manifestación de Nogales», *El Debate*, 8/1/2017), hasta la escena de Camargo, Chihuahua, donde ciudadanos de rodillas y cantando el *Himno Nacional* lograron frenar la embestida policiaca que pretendía retirarlos de una caseta de peaje de la Carretera Panamericana. («Protestan pacíficamente cantando *Himno Nacional*», *El Popular*, 11/1/2017).

El indignado arranque del año exhibió a las autoridades de todos los niveles en su más afinada impericia política. El ocupante de la Presidencia de la República andaba de vacaciones y la gran mayoría de los gobernadores y presidentes municipales se mantenía en una suerte de pasmo, apenas interrumpido por declaraciones periodísticas demagógicas e intrascendentes, rotos los candados que durante tantas décadas habían constreñido las movilizaciones populares a segmentos muy definidos, de activismo sustentado en claras definiciones políticas e ideológicas. Ahora, la protesta se extendía más allá de esos encuadres ya conocidos de, por dar un ejemplo, los maestros disidentes del oficialismo, que meses atrás habían protagonizado movilizaciones numerosas y enérgicas, en protesta por otra de las «reformas estratégicas» del peñismo, la educativa. En otros años se habían registrado marchas y manifestaciones contra la inseguridad pública y en especial contra los secuestros, el cobro de plaza y los asesinatos. Y seguía viva la flama de la lucha de los familiares de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa, desaparecidos en Iguala, Guerrero. Varios de esos movimientos lograron conjuntar a miles de ciudadanos deseosos de frenar el despeñadero nacional y, en su momento, hacer que despertara la conciencia de los mexicanos. Pero, hasta el inicio de 2017, nada había sucedido con tal fuerza y diseminación como las protestas contra el gasolinazo.

En esa especie de vacío de poder que se vivió en los primeros cuatro días del año, también se produjo una extraña oleada de actos vandálicos. De pronto aparecieron grupos muy eficaces de personas que se dedicaron a asaltar grandes almacenes

departamentales, centros comerciales, tiendas al menudeo (llamadas «de conveniencia»), estaciones de gasolina y pequeños y medianos negocios. («¿Saqueos y vandalismo, solo distractores ante el gasolinazo?», René del Valle Bosas, *Diario de Xalapa*, 6/1/2017). En varios casos se reportó una peculiar indolencia de los mandos policiacos para impedir los saqueos, e incluso hubo testimonios gráficos de agentes cargando en sus patrullas algunas de las mercancías robadas. En el puerto de Veracruz, por ejemplo, una videograbación mostró, al principio, a elementos de la Secretaría de Marina apostados en las inmediaciones de una sucursal de una cadena de tiendas departamentales en donde decenas de personas, incluyendo menores de edad, de pronto se concentraron en abrir una especie de cobertizo donde había juguetes y otros productos que fueron gozosamente robados, en una vergonzosa rapiña a cuyo final aparecieron algunos marinos solamente para dar cuenta de que la estantería había quedado limpia de mercancía. («Transmiten en vivo saqueo a tienda Chedraui en Veracruz», *Radio Fórmula*, 4/1/2017).

Lo peor fue cuando de esa fase del saqueo (¿tolerado, promovido?) se pasó a la de los rumores que hablaban de ataques abiertos de grupos violentos, sobre todo en el Estado de México. Fueron largas horas de miedo inducido, con insistentes relatos a través de las redes sociales (programados, exagerados, falsos, aunque también había una porción de hechos ciertos) que hablaban de gente golpeada por extraños al ir caminando, robos violentos a negocios de la más diversa índole y la advertencia de que esas bandas de agresores avanzarían hacia uno u otro punto de la franja del Estado de México que está conurbada con la Ciudad de México, la cual, por lo demás, también tuvo episodios de psicosis inducida en mercados, tiendas departamentales y calles. («Falsas alarmas y saqueos infunden miedo en la población del Valle de México», *Político.mx*, 4/1/2017). Un país acostumbrado a escenas de violencia extrema y al incumplimiento sistemático

de responsabilidades por parte de los gobernantes, experimentó por primera vez, a nivel general (aunque las ciudades asoladas por las bandas del crimen organizado han tenido múltiples veces esa impresión de estar absolutamente abandonadas), la sensación de la ingobernabilidad, de la falta de referentes para intentar un orden mínimo.

Los saqueos, los rumores y los hechos violentos ciertos encajaban a la perfección con alguna estrategia de amedrentamiento social en busca de desalentar las protestas. La primera reacción de la gente fue la protección. Muchos negocios cancelaron sus actividades de inmediato, en algunos lugares se suspendió el servicio de transporte público, las familias se encerraron lo más pronto que pudieron en sus casas y las calles se vieron insólitamente desiertas apenas al caer la tarde. Más allá del impacto inmediato, que podría desalentar la participación ciudadana en las protestas, estaba en el ambiente la descomunal presión de los altos mandos del Ejército y la Marina para que el congreso federal aprobara reformas que permitieran a las fuerzas armadas intervenir, con un «marco legal» adecuado, en todo lo que pudiera significar alteraciones a la seguridad interior del país, no solamente en el terreno del crimen organizado, en el que soldados y marinos habían cumplido diez años de actuar pesadamente, sin tener las facultades legales para ello, sino, también (¿sobre todo?) en este tipo de protestas sociales que, a juicio de los gobernantes, pudiesen salirse de control. A fin de cuentas, la fase de los saqueos, los rumores y la violencia de origen impreciso habría ayudado mucho a mostrar el cuadro de desorden que esperaba a los mexicanos si no se aprobaba una Ley de Seguridad Interior que permitiría la militarización del país. («Celeridad a Ley de Seguridad Interior», Astillero, *La Jornada San Luis*, 11/1/2017).

Por lo pronto, el 4 de enero de 2017, Peña Nieto no emitió un mensaje que tomara nota sensata de lo que estaba sucediendo en el país ni ofreció alguna fórmula de apaciguamiento. Se ancló

en un discurso de presunta justificación de los hechos consumados, argumentando que todo era por el bien del país y declarándose comprensivo respecto al enojo social, pero decidido a impedir que se extendiese la «anarquía».

En todo caso, lo más relevante de ese día fue la decisión de regresar al gabinete a Luis Videgaray Caso, el polémico poder tras el trono peñista, que había dejado la Secretaría de Hacienda luego de organizar una impugnada visita del entonces candidato republicano, Donald Trump, a la residencia presidencial mexicana. («Videgaray, el brazo derecho de Peña Nieto, regresa a Los Pinos», *Forbes México*, 4/1/2017). En términos políticos, Videgaray fue el primer funcionario de un gabinete mexicano nombrado por el presidente electo de Estados Unidos. A causa de Trump había dejado Hacienda, pues él había sido el responsable de aquella visita que provocó gran repulsión en México, en la administración de Barack Obama y en el ámbito del Partido Demócrata estadounidense. Ahora, como si tal recepción denigrante a Trump hubiese sido una apuesta ganada, Videgaray se ocuparía de la Secretaría de Relaciones Exteriores, para que el rubio tanque de guerra, con placas de identificación DT, tuviera la adecuada pavimentación en México. Por si algo faltara, el restituido Videgaray dijo, ante miembros del Servicio Exterior Mexicano, que él llegaba para «aprender» en su nuevo cargo de canciller. Varios motivos más para el encabronamiento nacional.

Del «¿qué hubieran hecho ustedes?» a la esquila de la gallina de los huevos de oro

Un día después ya estaba Peña Nieto dando otro «mensaje» a la nación. «Sé que hay mucha molestia y enojo por esta situación. Son sentimientos que entiendo y que comprendo», dijo el 5 de enero de 2017, antes de entrar a «explicar» las causas del gasolinazo, que situó en factores del exterior. Luego detalló, en un lance con ribetes de chantaje, los programas sociales de alto interés

que habrían sido afectados si no se hubiese optado por aumentar el precio al público de las gasolinas y el diésel. Y, entonces, con toda una tragedia social dibujada como hipotética consecuencia si no se hubiera tomado la decisión del gasolinazo, soltó otra de sus frases célebres por socialmente irritantes: «Aquí les pregunto: ¿qué hubieran hecho ustedes?». («Top 15 memes del “¿Ustedes qué hubieran hecho?” de Peña Nieto y los múltiples saqueos», *El Deforma*, 6/1/2017).

En otras circunstancias hubiera parecido un avance interesante la aparente concesión inquisitiva de un ocupante de la Presidencia de la República, en busca de colaboración para resolver un problema grave. Quienes se sientan en la silla del poder más importante del país suelen considerar que sus puntos de vista son los únicos valiosos para la toma de decisiones clave. Información privilegiada, razones de Estado y una visión panorámica son los elementos que arguyen esos emperadores temporales para imponer sus criterios. Peña Nieto, en cambio, comparecía ante una nación encabronada para preguntar, de manera hipócrita, qué hacer ante una desgracia largamente labrada por ese mismo interrogador y por el sistema que aún lo sostenía. Ante los trágicos hechos consumados, el amable mexiquense se dejó caer, indefenso, para preguntar a los mexicanos qué habrían hecho en su lugar. Ni Juan Gabriel, el cantante y compositor que murió en 2016, habría planteado esa pregunta con tanta languidez. En su canción *La diferencia*, el artista nacido en Michoacán pero identificado con Ciudad Juárez, podría haber parafraseado el último estribillo para que dijera: «[...] la diferencia entre tú y yo tal vez sería, corazón, que yo en tu lugar... que yo en tu lugar... no robaría».

Aún no se apagaba el escándalo de la falsa apelación de Peña a los mexicanos para que le dijeran qué hubieran hecho, cuando ya estaba el peñismo de nuevo en el punto más alto del enojo social: «La gallina de los huevos de oro se nos fue secando, se nos fue acabando y de ahí financiamos muchas cosas, y cuando

el precio del petróleo estaba alto, el gobierno tenía excedentes; se nos acabó». Así fue como Peña Nieto «explicó» las razones por las cuales la economía y la sociedad estaban en crisis. («“La gallina de los huevos de oro se nos acabó”, dice EPN para justificar “gasolinazo”», *Sopitas.com*, 13/1/2017).

No solo fue extraño lo dicho por Peña, sino su expresión, su composición escénica: «La confesión de dorada muerte avícola fue realizada con un lenguaje corporal, pero, sobre todo, facial, que dio cuenta de una visión alterada del curso nacional. Tristemente sonriente, con el aire de quien va explicando con afabilidad y condescendencia lo que probablemente la audiencia no alcanza a entender, el autorizado expositor mantuvo la expresión de quien no es comprendido adecuadamente por la generalidad pero, convencido de su verdad aún no apreciada, la va desgranando con una media sonrisa (entre amarga y divertida), apoyado a veces sobre el lado derecho de su cuerpo, revelando a sus subordinados las noticias funerarias» (*Astillero, La Jornada*, 13/1/2017).

La peculiar esquila avícola presentada por Peña Nieto olvidaba precisar que esa gallina, en realidad, había sido sacrificada larga y concienzudamente por las élites políticas, tanto priistas como panistas; por una mafia sindical cuyo prototipo de enriquecimiento desproporcionado era el propio líder nacional, Carlos Romero Deschamps, y por empresarios partícipes de la corrupción, todos los cuales se habían quedado desde siempre con esos huevos de oro negro. La sentida declaración funeraria contrastaba, por lo demás, con el entusiasmo de grupos empresariales extranjeros y nacionales que participaban en la rebatiña por los contratos relacionados con el petróleo mexicano (entre ellos, una de las empresas favoritas del sexenio peñista, Higa, y otra en la que participó un cuñado del expresidente Carlos Salinas de Gortari, concuño este, a su vez, del director en turno de Pemex). «Las gallinas que vos matáis gozan de cabal salud

como para venderlas al extranjero, a los amigos y allegados (y llevarse una buena comisión)», podría ser la paráfrasis aplicable al caso.

El Chapo como tributo al nuevo emperador, Trump

El 19 de enero del mismo 2017, el gobierno de Peña Nieto hizo saber que había extraditado al más famoso de los narcotraficantes mexicanos, Joaquín Guzmán Loera, alias *el Chapo*. A menos de 24 horas de que Donald Trump rindiera protesta como presidente de Estados Unidos, un tribunal federal de justicia había decidido, con desconocida premura, que era procedente el envío del capo al vecino país.

La decisión judicial fortaleció la impresión de que el gobierno peñista asumiría una política de sometimiento ante el grosero y expansivo sucesor de Barack Obama. Enviado como una especie de tributo de buena voluntad ante el inicio del reinado del vecino, el Chapo llegó a Estados Unidos en las últimas horas de gobierno de Obama, cuando este ya estaba virtualmente retirado de cualquier opción operativa, solo para disimular con tretas de reloj checador el hecho de que Peña estaba entregando a Trump a un emblemático jefe de la delincuencia transnacional pero, sobre todo, a un explosivo depósito sinaloense de los secretos de la narcopolítica mexicana, a un conocedor profundo de los arreglos entre el crimen organizado y las campañas, elecciones y el ejercicio de gobierno en el México al que Trump, en su toma de posesión, de inmediato comenzó a minar, tal como lo había venido anunciando de manera continua, tal como se lo permitían los hombres del poder en México, sobre todo Peña Nieto y Videgaray, causantes del mayor desasosiego en México desde la Revolución Mexicana que fue convocada en 1910, del máximo enojo social, del encabronamiento generalizado que caracterizaba esos días invernales en que intentaba consolidarse una especie de «primavera mexicana».

El muro de la discordia, la «unidad nacional», las amenazas

Apenas tomó el poder Donald Trump en Washington, el 20 de enero de 2017, arrancó el maratón de agresiones contra México. Todo estaba más que anunciado, pero no parecieron preparados para enfrentar ese huracán político ni el ocupante de la silla presidencial, Peña Nieto, ni su reivindicado cerebro político sustituto, Luis Videgaray, a quien había vuelto a nombrar secretario, esta vez de Relaciones Exteriores (una especie de canciller de Troya) por la misma razón por la que había salido de la secretaría de Hacienda, es decir, por su dependiente relación con el yerno de Trump, Jared Kushner, asesor de la nueva presidencia estadounidense.

Trump, para México, y específicamente para Peña Nieto, resultó peor de lo que parecía (y vaya que pintaba mal). Atropelló al desvalido detentador del poder mexicano, lo zarandeó de diversas maneras y exhibió desvencijado a todo el aparato político mexicano, que siguió tocando sus mismos sonos cansinos ante las nuevas tonadas guerreras del botarate gringo, pasmada la Presidencia de la República, diluidos y demagogos casi todos los personajes partidistas, legislativos y gubernamentales. A los varios motivos trepidantes de enojo contra Peña Nieto y sus políticas (sobre todo, lo relacionado con el gasolinazo, que seguía provocando manifestaciones enérgicas en varias partes del país, encabronamiento que se había mantenido incombustible) se sumó la vergüenza de ver el maltrato gringo a la máxima figura formal del tablero institucional mexicano y la poca entereza de esta para responder a los agravios recibidos. No solo fue la insolencia del multimillonario rubio en el tema del muro fronterizo, que por sus puras pistolas ha pretendido que pague México, ni la patada tuitera en el trasero que propinó al habitante de Los Pinos una mañana en que advirtió que, si no era para hablar sobre la forma de pago de dicha construcción, mejor se cancelara

la cita concertada con Peña Nieto (como así sucedió), sino la limitada capacidad de respuesta política decorosa del mexicano y su equipo.

En esos días aciagos de enero y febrero de 2017, Peña Nieto fue exhibido, pero no solo él sino el país entero, reflejado en y condicionado por ese poder sin poder, por esa precariedad política. Trump maltrataba a Peña, es decir, a México, porque el político priista no tenía ningún sustento de legitimidad ni fuerza popular o intelectual, sino una larga cola que pisar y una debilidad política extrema. Era el representante de un sistema oprobioso, indefendible, decadente, con el país convertido en la cueva de Alí Babá y sus gobernadores, casi todos hinchados de dinero robado, verdugos de sus presuntos gobernados, a la vez que gran parte del gabinete federal y su jefe seguían alegremente metidos en negocios comisionables, en la adquisición de porcentajes amables en las concesiones y los contratos, en la rapiña como sistema.

Por eso Trump le podía hablar con insolencia al presunto presidente de ese país doblegable, amenazarlo con impuestos fronterizos o con retener porciones de las remesas de trabajadores mexicanos en Estados Unidos que envían a sus familias en México. Peña se defendía infantilmente con «mensajes a la nación», en espera de sobrellevar la crisis mediante la política del avestruz, deseando, por ejemplo, que no se potenciara el escándalo de corrupción internacional derivado del señalamiento de que la firma brasileña Odebrecht había pagado 10.5 millones de dólares, entre 2010 y 2014, a funcionarios mexicanos de alto nivel, según el expediente disponible en la Corte Federal de Brooklyn, Nueva York. («Odebrecht pagó 10.5 mdd en sobornos a funcionarios mexicanos, según EU», *Expansión*, 22/12/2016).

La conmoción desencadenada en México por Trump (quien disparaba políticamente a diestra y siniestra, provocando grandes manifestaciones y protestas en su propio territorio, como sucedió, por ejemplo, al ordenar que se impidiera la entrada a migrantes

provenientes de siete países de población mayoritariamente musulmana) pretendió ser convertida por el propio peñismo y sus aliados, en una especie de reunificación nacional patrioter, más que patriótica, en un señuelo distractor que permitiera la continuidad de la depredación del país desde las cúpulas.

Así fue que se promovió el uso, en cuentas de redes sociales, de la bandera nacional, y así fue que los altos funcionarios del gobierno federal no prefirieron la clásica versión rectangular de ese símbolo sino una adaptación en círculo, que claramente hacía recordar el escudo oficial del Partido Revolucionario Institucional, susceptible de ser cruzado en toda elección. La urgencia de intentar el Rescate del soldado Enrique (Peña) propició que en la televisora usualmente más cercana al ocupante de Los Pinos, Televisa, se organizara una muy preocupada mesa nocturna de análisis, en la que participaron sus periodistas estelares (Denise Maerker, Joaquín López-Dóriga y Carlos Loret de Mola), con algunos de sus comentaristas frecuentes (Jorge Castañeda, Enrique Krauze, Héctor Aguilar Camín y Rubén Aguilar) y con participaciones telefónicas de dirigentes empresariales, eclesiásticos y partidistas decididos a impulsar la tesis de la unidad nacional, que proclamaban absolutamente necesaria para enfrentar al ogro de afuera, a un Trump satanizado como si él fuera la única causa, o la más eficaz, de la descomposición nacional mexicana. («México en la encrucijada; ¿cómo se debe posicionar México frente a Trump?», *Noticieros Televisa*, 27/1/2017).

Pero el mazazo de Trump a México, en el contexto de su búsqueda de instaurar un nuevo orden internacional, con nuestro país como ejemplar víctima propiciatoria, y el fracaso de las reformas estratégicas de Peña (sobre todo, la energética) y de su gobierno, habían instalado ya, a finales de enero y principios de febrero de 2017, una conciencia social menos incauta y manejable, más precisa en cuanto al oscurecido futuro económico, recelosa de gobernantes evidentemente mentirosos y corruptos, y

decidida a impulsar formas de defensa y unidad nacionales, pero no a partir de las propuestas tramposas hechas por muchos de quienes eran causantes o corresponsables, desde las cúpulas, de la desgracia del país. Por si hubiera necesidad de confirmar a los mexicanos el difícil ensamblaje de esa «unidad nacional», en el fondo orientada a «fortalecer» al «presidente de la República», Peña Nieto nombró en esos días a Virgilio Andrade Martínez como titular de uno de los bancos estatales de desarrollo; el mismo Andrade que había sido usado de manera estrambótica para declarar válido el tan anómalo proceso de adquisición de la Casa Blanca por parte de la esposa de Peña: premiar a un cómplice tan evidente de la corrupción en la máxima altura del poder no era una forma de incentivar la buscada «unidad nacional». («Hacienda designa a tres directores de banca de desarrollo», Roberto González Amador, *La Jornada*, 27/1/2017).

La poca disposición general para apoyar indirectamente a Peña se topó el miércoles 1 de febrero con otra causa de desaliento. Un revuelo de medios y filtraciones dejó la percepción de que el político mexicano era incapaz de presentar una postura digna y decorosa ante ofensas y amagos del empresario estadounidense. En una llamada telefónica posterior a la cancelación de una cita para verse físicamente en Washington, Trump habría sido especialmente grosero con Peña, al extremo de plantear, con dureza o suavidad, según las diversas versiones disponibles, la posibilidad de enviar tropas a México para exterminar a los «*bad hombres*» (se supone que se refería a los narcotraficantes) que el propio gobierno mexicano no combatía adecuadamente. («Trump humilló a Peña vía telefónica», reporte de Dolia Estévez, *Aristegui Noticias*, 1/2/2017. «*Trump to Mexico: take care of "bad hombres" or US might*», Vivian Salama, *AP*, 1/2/2017).

El muro interno

Pero, más que las acometidas externas, siendo tan graves, lo fundamental estaba en lo interno. No era solo un muro punitivo que el disparatado nuevo presidente gringo pretendiera construir con cargo a nuestro país, sino el muro interno que los mexicanos hemos mantenido y que nos ha impedido crecimiento, desarrollo, sustentabilidad. Un muro interno, con cargo a nosotros mismos, que nos condena criminalmente a vivir en estancos socioeconómicos tan polarizados. Un muro interno que a la letra legal la ha separado de su aplicación práctica y que ha condenado a los mexicanos a vivir «del otro lado» de su propio país, observadores distantes de lo que hacen y deciden las cúpulas.

La ruptura del muro interno, el desmantelamiento de un estado histórico de conciencia manipulada y manipulable, el tránsito acelerado y forzado de la institucionalidad tutelar al nuevo orden internacional impuesto (descarnadamente competitivo, angustiosamente incierto), es una de las grandes posibilidades derivadas de la crisis en curso. México vivió durante décadas al cómodo amparo de fuentes de ingreso que permitieron excesos corruptos de las cúpulas y una cierta resignación inconfesa en las bases sociales: el petróleo, las remesas y el narcotráfico. Sin embargo, así como durante décadas en México fueron intocables en términos críticos la Virgen de Guadalupe, el presidente de la República en turno y el Ejército (todo lo cual ahora puede ser sujeto del más firme escrutinio), también la trinidad suministradora de «estabilidad» económica ha llegado a circunstancias conflictivas: el petróleo y la riqueza energética fueron devueltos al control de las transnacionales, en una suerte de desexpropiación petrolera que coloca a Peña Nieto en la antítesis de Lázaro Cárdenas y en el camino de los peores villanos de la historia; el gran negocio del narcotráfico y el crimen organizado están en la mira del vecino estadounidense, que no pretende la imposible cancelación del flujo de un río tóxico, sino administrarlo para bien de sus propias

arcas; y las remesas de los paisanos para sus familias en México (los remitentes, asentados con regularidad documental o sin ella en el país adjunto), también en la mira del nuevo mundo rapaz, según los violentos bocetos de Donald Trump.

Todo está cambiando en la nación mexicana, acostumbrada al gatopardismo expiatorio, aunque esa ruta no necesariamente la habrá de conducir a resultados positivos. No puede vaticinarse que la protesta social, coyunturalmente más fuerte y organizada en los primeros meses de 2017, vaya a cambiar de fondo la realidad de un país doctoralmente acostumbrado a las simulaciones. En dicho rediseño es fácil perderse o decepcionarse. Lanzado de súbito a las aguas turbulentas en las que debe tomar decisiones sin mecanismos de protección garantizada, el ciudadano mexicano debe ubicar las causas de su hartazgo y el destino posible de su encabronado estado de ánimo, cada vez más manifiesto y militante. Los placebos clásicos de representación popular no han funcionado y el tejido político institucional está en trance terminal. Pareciera que la cartelera oficial sostenida durante un siglo ha llegado a su fin, pero no asoma la programación sustituta y los aspirantes a los relevos no parecen promotores de verdaderos cambios de fondo.

En ese mar de indefiniciones, urgidas de resolución, se debate el México en proceso de un posible despertar socialmente más amplio. Durante largas décadas ha navegado conforme las aguas lo han permitido o en el sentido en que los vientos han empujado. Los factores externos, pero también los internos, reclaman acción transformadora. La encrucijada es indudablemente histórica, pues largo tiempo habrá de vivir esta nación, tan potencial, bajo el resultado de lo que está en juego, un despertar rehabilitador o un hundimiento traumático.

Por ello es que los dos temas tocados en esta primera parte constituyen a la vez la esperanza y el quebranto, la ilusión y el desconsuelo. La vigorosa y sostenida protesta ante el aumento en

los precios de las gasolinas parece romper con un largo historial de sometimiento ciudadano, pero al mismo tiempo corre el riesgo de quedar en una explosión circunstancial y mitigable. A su vez, el amago y la desmesura de Trump contra México, más allá de su insignia políticamente baldada, Peña Nieto, pueden llevar al país a una reedición de su pasado colonial, convertible en los hechos en otro Estado Libre Asociado (como Puerto Rico), o puede significar la recuperación de un orgullo nacional reconstructivo, que libere el enorme potencial de la sociedad y permita el trazo de nuevas líneas para un sistema político, económico y social, moderno y solidario.